

JUAN DE MAIRENA, MAESTRO

“Ayudadme a comprender lo que os digo
y os lo explicaré más despacio”

El magisterio de Juan de Mairena no es de los que se profesan ceñidos al límite estrecho de un salón de clases o inspirados por las leyes que rigen la pedagogía oficial. Para rastrear su esencia y su raíz basta alejarse de toda concepción estereotipada de la enseñanza. Las divulgaciones fáciles, las concesiones gratuitas a favor de Pero Grullo y sus discípulos no caben dentro del espigado manojo de verdades eternas que forman la “Paideia” machadina. Su vocación filosófica y su devoción por la palabra le llevan hacia un magisterio de expresión arquetípica inconfundible. A través de sus lecciones se perfila, señera, su entraña de poeta metafísico, de hombre y angustiado: de filósofo del tiempo.

Es en su cátedra ideal donde Machado se vive a plenitud y desborda sus íntimas vocaciones. A través de Mairena el poeta se logra en un desdoblamiento generoso que le permite ser él sin serlo en la doble dimensión de la vida y el arte. Leyendo sus memorias se nos completa y aclara la rica personalidad machadina con sus preferencias y aversiones, sus sueños, sus angustias y sus más íntimas vivencias: latidos que se escapan a la ficha bibliográfica, oficiosa y formal, de las antologías.

Temas de arte y filosofía, de ciencia y literatura, autores, obras, tendencias, desfilan por las memorias de Mairena, descubriendo una finísima sensibilidad crítica, aguda, creadora. Dos aspectos de la obra interesan especialmente por su novedad pedagógica: la temática y la metodología. Tratándose de un poeta como Machado, es forzoso revestir estos vocablos de nuevos matices semánticos, amplios, abarcadores, limpios y relucientes, hasta hacerlos quedar casi en estado de pureza.

Revisando los tópicos que examina ante sus alumnos nos sorprende hasta qué punto sus preferencias y sus fobias van aclarando una personalidad que a primera vista podría parecer hermética. Así, al proponer reiteradamente en su cátedra un puñado de temas que lo apasionan, se va perfilando la imagen cabal del hombre para quien la poesía era la forma suprema de vida.

Hoy hablará de literatura o filosofía, mañana de arte o de retórica, pero hoy, mañana y siempre llevará a sus discípulos a tomarle el pulso a la vida. Y prenderá el diálogo amable y la palabra le brotará serena, inspiradora, sin alardes fáciles y pueriles. “Nunca se nos podrá acusar de haber tratado en nuestras clases cuestiones frívolas y vulgares”, decía Mairena a sus alumnos con legítimo orgullo.

¿Qué ideas estéticas orientan su cátedra? ¿Cuáles son sus preferencias literarias? ¿Qué autores le apasionan? ¿A cuáles desprecia? ¿A quiénes reconoce como maestros dentro y fuera de España? El fino equilibrio que lo define como poeta y como hombre orienta su crítica por caminos de elevada estimativa, tanto en lo ético como en lo estético. Arte y conducta son los puntales que señalan a Mairena todas las pautas: de ahí el valor existencial de su obra.

Su crítica literaria, que jamás alcanza la mordacidad hiriente que observamos en otros escritores, es en este sentido paradigmática. Le brota perspicaz y viva, plena de fina e indulgente ironía. Y así aconsejará a sus alumnos: "Si alguna vez cultiváis la crítica literaria o artística, sed benévolo. Benevolencia no quiere decir tolerancia de lo ruin o conformidad con lo inepto, sino voluntad del bien; en vuestro caso, deseo ardiente de ver realizado el milagro de la belleza. Sólo con esta disposición de ánimo la crítica puede ser fecunda". Y los previene contra: "la crítica malévola que ejercen avinagrados y melancólicos y que nunca descubre nada bueno ya que ni lo busca ni lo desea". Más adelante: "Limpiemos nuestra alma de malos humores, antes de ejercer funciones críticas. Aunque esto de limpiar el alma de malos humores tiene su peligro porque hay almas que apenas si poseen otra cosa y al limpiarse ellos, corren el riesgo de quedarse en blanco".

Sobre el barroco opina a lo largo de varias lecciones. No le perdona su "dificultad artificiosa y conceptual". Analiza versos de Calderón y los compara con las coplas de Jorge Manrique para luego destacar la fina contextura clásica de los últimos y la alambicada atifiosidad de los primeros, como la gran "diferencia que media entre la lírica y la lógica rimada".

Sus ideas sobre la poesía son una constante invitación a examinar nuestros propios criterios, y en un esfuerzo por comprender mejor el poeta, se enriquece nuestra estimativa. Concibe la obra poética como el producto acabado de una colaboración popular, rica y fecunda. "Las obras poéticas realmente bellas —dice— rara vez tienen un solo autor; son obras que se hacen solas, a través de los siglos y de los poetas mismos, aunque siempre naturalmente, en ellos". O: "Sabed que en poesía, las más certeras alusiones a lo humano se hicieron siempre en el lenguaje de todos. Porque la verdadera poesía la hace el pueblo". Y termina estableciendo la tajante distancia que separa la poesía popular, de esencias folklóricas, de la erudita, "poesía de tropos superfluos y eufemismos de negro catedrático".

Como hombre fiel a la ideología del 98, desprecia la retórica porque ésta adultera siempre la expresión cabal de la belleza con su rebuscado amaneramiento. "Lo barroco —decía a sus alumnos— no añade nada a lo clásico, pero perturba su equilibrio, exaltando la importancia del adjetivo definidor hasta hacerle asumir la propia función del sustantivo".

El lenguaje poético por excelencia es, para Mairena, el que está más cerca de la expresión espontánea y natural, en estado de gracia. Una de sus lecciones más elocuentes, expresa en síntesis, este criterio: "Señor Pérez, salga a la pizarra y escriba: *Los eventos consuetudinarios que acontecen en*